

forma de su idea. Yo crearé si tiene mi frente una serenidad celeste, si tiene mi cabeza un dominio completo sobre el pensamiento, si tiene el pensamiento dominio sobre la voluntad, si tiene la voluntad dominio sobre el corazón; y todos estos agentes de la vida, encuentran el secreto de la forma, el secreto de decir ó de expresar las cosas bellamente. Y para conseguir este equilibrio cuasi divino entre todas mis facultades intelectuales, necesito tener otro equilibrio en mis facultades morales, necesito la tranquilidad del alma solo asequible en la tranquilidad del hogar. Padre mio, yo no puedo ser feliz sino junto á una mujer amada. Yo no puedo conseguir esa mujer amada sino por el oro y por la gloria que mi pincel me produzca. Yo oigo aquí en el cerebro un llamamiento á la creacion artistica y á la gloria. Yo creo que, dándome tiempo de producir, alcanzaré todo aquello á que aspiro. Dejádme aquí de novicio hasta llegar á pintor.

- Imposible.
- Necesario.
- Imposible, repito.
- No seas cruel.
- No puede serlo quien es tu padre
- Mi padrastro.
- Tu providencia.
- Mi perdicion.
- Tu vida.
- Mi muerte.
- Tu salvador.
- Mi verdugo.
- Dios mio, no oigas sus blasfemias.
- Salvadme por piedad.
- No puedo.
- ¿Quién lo impide?
- El divino fundador de mi órden y el imperioso mandato de mi conciencia.
- ¿Por qué?
- Porque ha concluido tu tiempo de novicio.
- ¡Maldicion!
- Porque este tiempo de novicio no puede renovarse.
- No quiero oirlo.
- Porque has quebrantado el órden dejándonos, y al volver, no podria admitirte sino para votos eternos.
- Pero, ¿no comprendéis que esos votos eternos seran mi eterna condenacion?
- Pues vete, la puerta tienes franca.
- Si me voy, me muero de hambre.

- Pues quédate; franca tienes la celda.
- Si me quedo, me muero de amor.
- No hay término medio entre irse y quedarse. Has de tomar una de ambas resoluciones por necesidad.
- Si me voy, la miseria me seguirá, devorará mis carnes, apagará la luz de mis ojos, me matará muy pronto de hambre. Yo no quiero morir. Siento aun llamar en esta frente tantas ideas, dibujarse en esta retina tantas hermosas figuras, discurrir por mis venas una sangre tan vivaz y encendida, que me impide morir y que al mundo y á la naturaleza me llaman. No quiero salir, porque ahí á la puerta me aguarda la muerte. Cuando llamé á la campana y caí en tierra, imaginéme haber caido en el fondo de la eternidad. Cuando llegué á esa puerta, llegué pálido, demacrado, hambriento, sin fuerzas, sin ánimo, sin luz en los ojos, sin latidos en el corazón, sin aire en el pecho, como si fuera la sombra de un cadáver. Y, padre mio, no quiero volver á verme así, no quiero, no, morir.
- Pues quédate.
- Si me quedo, renuncio al amor que es vida de mi alma, y renuncio á una mujer divina que es delicia de mi corazón, y renuncio á una familia que es encanto de mis esperanzas, y renuncio á todo estímulo, á todo placer, á toda emulacion, sepultándome vivo en lo mas hondo del sepulcro. Quedarme es el suicidio.
- Pues vete.
- Irme es la muerte por hambre.
- Pues quédate.
- Me vuelvo loco; la razon se me escapa.
- Tus padres te ofrecieron al convento.
- No por su voluntad, sino por su miseria y su muerte.
- Y este convento carmelita necesita de un grande artista como lo tiene el convento dominicano de San Márcos. Y aunque tú no lo eres todavía, pues nadie daria un florin por tus bocetos, puedes llegar á serlo y quiero aquí retenerte.
- Pero en cuanto la cogulla caiga sobre mi cuello, la inspiracion se apagará en mi frente. No teniendo vida ¿cómo he de cultivar el arte? Moriré de consuncion en el alma.
- Aquí en el claustro pronto se consigue la paz.
- No por espiritus como el mio.
- Jesucristo te ayudará.
- Pero ya sabéis que su gracia no puede ir contra nuestra voluntad.
- A veces llega hasta cambiar la voluntad misma y hacerla cambiar de naturaleza.
- No siento que esa gracia divina penetre en mí por ningun sentido ni

potencia. Dios me llama á las artes, al combate, al amor, á la familia; pero no al monasterio.

—Pon de tu parte algo, ruégale, instale, mueve su voluntad todopoderosa con tus reclamos. Haz penitencia.

—Desconocéis, padre, desconocéis el siglo en que vivís.

—¿Se opone en algo el siglo á la penitencia?

—Se opone en mucho.

—¿Cómo?

—Hasta aquí el hombre ha sostenido un combate con su naturaleza creyéndola enemiga de su alma y causa de su perdición. Hoy la naturaleza renace en nosotros, y el sentimiento de que forma parte esencial á nuestro ser se apodera de todos los corazones. Tenemos la alegría de vivir, esa alegría que ningun poder humano podrá ya ahogar en nuestro pecho.

—Delirios de la humana inteligencia; flaquezas del corazón, debilidades de la voluntad.

—Ideas que forman la tierra sobre que vivimos y el aire que respiramos.

—Ideas protervas.

—La humanidad se reconcilia con el universo.

—Pero se aparta de Dios.

—Los dioses antiguos se levantan á una en las ondas de nuestros mares y vienen á libar la miel que destilan nuestros árboles en estos jardines de Florencia.

—Lo que viene es el demonio en persona.

—Padre mio, no blasfemeis de la naturaleza.

—Hijo mio, no blasfemes de Dios.

—El cuerpo humano obra de Dios ha sido como el humano espíritu.

—Distingue y acertarás.

—Del barro ha hecho estos huesos que ha regado con fecundante sangre. De estos huesos ha creado á la mujer, su eterna compañera.

—Distingue y acertarás.

—Todo existe en Dios y por Dios.

—Pero no recuerdas lo esencial, no recuerdas que la naturaleza, tan inocente y tan pura, se manchó por las tentaciones de Satanás con la mancha indeleble del pecado.

—Mas para borrar esa mancha ha venido Cristo y ha derramado su divina sangre. Desde entónces el cuerpo ha vuelto á recobrar su pureza y resplandecer en medio de la creacion, como si nuevamente se encontrara en el paraíso.

—Pero olvidas que si el pecado original se borra en el bautismo, por cuya virtud nos reconciliamos con Cristo, no se borra la constitutiva debilidad humana, que nos inclina al mal, ni se borran las sombras de nuestro cuerpo, que está sugeto á la culpa.

—Pero, padre mio, dejemos estas distinciones teológicas y volvamos los ojos á la viviente realidad. Una alegría sin límites se apodera de las almas apartadas de los antiguos terrores teológicos y por completo consagradas á reproducir la vida. Un viento de primavera cargado con aromáticas esencias, viene del sepulcro entreabierto de Grecia, donde creíamos que todo era corrupcion. El cuerpo humano, cubierto hasta aquí en los pliegues de un sudario, recobra la paradisiaca desnudez y vuelve á su primitiva inocencia en los radiantes cuerpos de los ángeles, cuyas alas alzan con sus impulsos la humanidad á los cielos. La transfiguracion es universal y llega desde el átomo de polvo perdido en los confines del no ser, hasta los senos de la humana conciencia. Yo creo oír campanas invisibles que repican con un sonido semejante á la armonía producida por los mundos al girar sobre sus ejes de diamante; yo creo ver ángeles que pulsan arpas de oro en los arreboles del éter y que cantan un hosanna y un aleluya á cuyos ecos saltan de alegría los planetas; yo creo asistir á una Pascua de resurreccion, como no ha habido otra en que la humanidad entera rompe el yugo de la muerte; y la sangre de Cristo, savia de todos los seres regenerados y redimidos, va en alas de las auras celestes por lo infinito, y una sola gota cae en los abismos y extingue las llamas eternas del infierno.

—¡Oh! No digas tales cosas, que si los inquisidores te oyeran, creerian hallar la heregía en la cristiana Florencia, y lo que es peor, en el religioso convento del Carmen.

—A la verdad no me extrañaría decir algun error, puesto que nunca pude comprender la sagrada teología.

—Es verdad, es verdad; intenté mil veces que la aprendieras y no pude conseguirlo. En lugar de silogismos, hacias monigotes.

—Las cosas todas en su universidad se presentan á mis ojos antes que con el espíritu de las ideas, con el relieve de las formas. No columbro lo interior, el alma, el pensamiento, no; veo solo el cuerpo, la parte plástica, como si el universo entero fuera un cuadro y el hombre una estatua.

—Mal teólogo; muy mal teólogo.

—Seguramente.

—No habia medio de que un libro te entrara en la mollera.

—Ninguno.

—Cuando íbamos á ver tu leccion ó tu ejercicio, descubríamos que, en vez de tratar de la gracia divina, habia pintado una figura humana, y que, en vez de la conferencia, habias copiado ó las flores á través de la ventana ó las aves que pasaban por los aires.

—Por eso mismo, Padre mio, por eso mismo no debo ligarme con votos eternos á una religion y á un monasterio.

—Pero ¿qué quieres? Que nosotros te conservemos aquí sin reconocerte ni por fraile ni por novicio? No puede ser. Nosotros no rompemos de

esa suerte las leyes que nos ligan y cuyo quebrantamiento podria traernos en esta vida la excomunion y en la otra vida el infierno, sí, el infierno, cuyo fuego encendido por la soberbia del ángel protervo, durará tanto como Dios, porque es el fuego eterno.

—No tenéis de mí piedad.

—Además, cuando te separaste de nosotros, prometí á la Santa Virgen del Carmelo no volverte á recibir sino para la religion, para el caustro, para la vida monástica. Mi voto ha de cumplirse pese á quien pese.

—Pero vuestro voto es mi condenacion eterna.

—Yo tengo la esperanza de que ligado por un juramento, la gracia divina te tocará en el corazon y te exaltará á los cielos. Entonces podrás ver cuan grata es la vida del convento, y sobre todo cuan poética y apropiada á tu naturaleza de artista. Mientras los otros hombres se consagran á sí mismos, y en último extremo, á la familia, tú vives consagrado á los demás, á interceder por ellos, á pedir al Hacedor misericordia para el mundo, que hubiera desaparecido de no tener tantos monjes y penitentes en perpétua oracion al pié de los altares. Y luego adoctrinas al niño, corriges al jóven, aconsejas al provento, recoges las lágrimas de este, curas las heridas de aquel, ofreces al perseguido refugio, al desengañado esperanza, al moribundo eterna salud, y cuando sobre los restos y sobre los despojos de los muertos arrojan todos un puñado de polvo que se disipa, ó una lágrima que se pierde, tú, sobre la losa fria te arrodillas y oras y consigues ver como el espíritu alza su esencia de los huesos frios y se eleva en los giros del aire sobre las alas del ángel de la guarda al seno de la eterna bienaventuranza.

—Excelente vida para quien la desea, para quien tiene inclinaciones y aptitudes por cuya virtud ejercitarla. No hay duda, no, de que es una vida incomparable. Si me sintiera capaz de cumplirla en toda su pureza, yo la abrazaria con toda sinceridad. Dada mi voluntad, no habria aquí monje alguno que pudiese conmigo compararse en el fervor, en la fé. Pero cada cual tiene sus aptitudes propias y no comprende las aptitudes ajenas. Como la golondrina anida en los techos y la cigüña en los campanarios, unos hombres gustan de vivir en el claustro y otros de vivir en el mundo. Yo no he nacido para el claustro. Ni la soledad del corazon me complace, ni la celda se aparece á mis ojos sino como el fondo de una tumba. Concluamos. El hambre me agujoneó y vine hasta la puerta del convento por el hambre movido. Pero ya que no encuentro la vida del cuerpo aquí, sino á costa de la vida del alma, no hay remedio, prefiero el alma al cuerpo y me voy de este triste monasterio.

—¿Te vas?

—Me voy.

—¡Infeliz!

—Ignoro qué será de mí; ó mejor, no lo ignoro, lo sé, voy á morir de hambre por las calles de esta desapiadada Florencia. Mas el hambre todavía es el dolor producido por una necesidad física, en tanto que la falta de cuanto necesita nuestro corazon, es el dolor de los dolores, la amarga amargura de la vida. No podria, no, resistir á esa eterna pena de la soledad, mas triste que las penas mismas del infierno. Padre mios os dejo, vuelvo al mundo á luchar con la miseria y el hambre. Lo habeis querido; cúmplase vuestra voluntad. ¡Que el cielo no os pida cuenta de la vida de un hombre! ¡Que el remordimiento no os persiga durante toda una eternidad! ¡Que mi sombra no se os aparezca todas las noches en sueños! ¡Que mi muerte no sea causa de vuestra muerte! Náufrago que se habia agarrado á una roca, me precipito de nuevo en el naufragio.